



LAS PROSPERIDADES NUESTRAS.

II.

CANSADO de contemplar las bellezas del Zócalo y sumido en mis meditaciones, me dirijo á las calles de Plateros por un pedregal que fué pasaje ó calzada hace muchos años, pero que la incuria del ayuntamiento ha descuidado desde entonces, hasta hacerlo peligroso para el transeunte. Todos los pavimentos de Mé-

xico se resienten de la poca solidez de las capas inferiores que determinan constantes depresiones y el desnivel de la superficie. La obrería mayor debe atender de preferencia á la solidificación del terreno antes de colocar las piedras; pero como de algunos años á esta parte no hace ni lo uno ni lo otro, esas banquetas, construídas para comodidad de los pedestres, presentan todo género de sinuosidades peligrosas. Los coches se han encargado de dar convexidad á las piedras planas, y los hundimientos de hacerlas perder el nivel. Sobre tales banquetas hay que hacer prodigios de equilibrio, como sobre la cuerda floja, y el público, que es tan bueno, los hace todos los días á las mil maravillas. Pero quienes se distinguen en este género de ejercicios pedestres son las pollas, que nada tienen que aprender de esas hábiles gimnastas que recorren a cuerda floja con canastas en los piés.

El deterioro de los pavimentos presenta uno de nuestros contrastes más notables con el lujo en el calzado de las señoras.

La estética cree haber trazado la última línea; el arte está satisfecho; tan satisfecho, que ha logrado que en la época presente el sexo bello en masa pueda exclamar «*tengo bonitos piés.*» En efecto, ya no hay piés feos, ni deformes, ni grandes, y las líneas anatómicas están ya del todo modificadas por las líneas del arte; y como la curva es la línea de la belleza, se burla, triunfante, de todas las deformidades. Hoy el pié es la bota. No importa si ella contiene el esqueleto de un pié horrible, ó el pié rosado y sedoso de un niño; las graciosas y artísticas curvas del calzado resuelven la cuestión, lo nivelan todo, y la mujer podrá no tener hoy ni lindos ojos ni otros atractivos; pero en cuanto á piés, está á la altura del arte plástico.

Yo no me meto á combatir las sabias reglas de higiene que condenan al aristocrático tacón de tres pulgadas; y sin negar á tantos doctos higienistas las poderosas razones en que apoyan sus anatemas contra esa moda, confieso que me encanta; y me encanta por muchas razones, aunque éstas no sean del

orden de las de mis contrincantes. Me encanta, porque eleva á la mujer; y esta razón me parece humanitaria y progresista: humanitaria, porque siempre he opinado por la elevación de la mujer, tanto en el orden físico como en el orden moral; y después de mucho cavilar no he encontrado otro medio de que la mujer de nuestra capital se eleve si no lo hace sobre sus bonitos tacones.

Excusado es decir que por elevarse en el orden físico, se entiende crecer, engordar, ó embarnecer, como dicen algunos; y á este fin ya conoce todo el mundo la insuficiencia de las preparaciones ferruginosas, de los baños de Aragón y de todas las panaceas. Las pollas siguen llegando á este valle de.... México, más diminutas y más desmedradas cada día, ¡pobrecitas! ¡y lo que sentirán al compararse con las señoras romanas del tiempo de Augusto!

He aquí una de las razones por las cuales me encantan esos tacones de tres pulgadas. Pues señor: que eso de la higiene en la capital es un mito; que la limpieza de las

atargeas es un sueño *dorado*; que la tendencia al aseo es cosa de otra raza; que el cochambre es inestinguible; y que la catalepsia de los ayuntamientos es incurable. Que los pobres niños nacen entre miasmas deletéreos, y que los pocos que crecen, luchando por la vida con setecientas plagas, no llegan á desarrollarse, primero, por las malas condiciones de la salubridad pública, y luego por la falta de ejercicios atléticos. He aquí por qué motivos tan poderosos y tan independientes de su voluntad, nuestras pollas son pequeñas; más pequeñas cada día. Vayan ustedes á remover de golpe tan poderosos inconvenientes; ¡imposible! la cosa es larga y difícil, y entre tanto, el medio más expeditivo es el arte, quiere decir, el tacón.

Ya las tenemos á todas encaramadas sobre botitas bronce dorado llenas de pespuntos, y con tres pulgadas más sobre la línea de flotación, como suplemento á su graciosa humanidad. La cuestión de los glóbulos rojos de la sangre se olvida ante ese andar

de hada, tocando apenas (y hacen bien) las piedras del ayuntamiento. Desafío á todos los pollos, sean poetas ó no, á que me nieguen que el raudal de sus ilusiones más gratas ha pasado por debajo de ese gracioso puente que forma el empinado y artístico tacón de una botita irreprochable.

Hay todavía otra razón para que los tales tacones me diviertan; y ésta es una razón de funambulismo.

Pues señor: que es necesario pagar tributo al arte: ésta es una exigencia de la civilización; que pagado este tributo, resulta una señorita subida sobre dos apéndices, agudos como un epígrama, que reprochan á la madre naturaleza la redondez clásica del carcañal; que esta señorita se encuentra bien en el salón, sobre las alfombras, sobre el mármol; y que no solo se encuentra bien, sinó que experimenta una voluptuosidad inocente por lo que se relaciona el arte con la belleza; y hasta aquí voy saliéndome con la mía, de probar que tengo mucha razón para que me encanten esos tacones, pro-

bando, de paso, que también les encanta á ellas.

Pero el encanto que es exclusivamente mío, es el de contemplar á esas señoritas, andando sobre las sinuosidades y los precipicios del pavimento municipal. Aquí es donde las leyes del equilibrio, el culto al arte y una habilidad peculiar, ejecutan prodigios de destreza coreográfica y funámbula hasta maravillar al simple espectador, de que esas angélicas criaturas, salgan avante sin entorsis, luxaciones, resbalones ni costalazos, de tan difícil prueba.

He aquí la mujer elevada física y moralmente por un medio sencillísimo á la vez que gracioso; por medio del tacón.

Este tacón sirve también de argumento municipal contra la maledicencia de los periódicos.

El munícipe, al ver que las señoritas andan tan bien sobre sus tacones, exclama:

—No están tan malos los empedrados.

Las señoritas y yo estamos, pues, de acuerdo en la utilidad, en la conveniencia

y en la belleza de los tacones. Es cierto que en otros países las señoras usan una clase de calzado para el salón y otra para el lodo; pero es porque en esos países extranjeros, se empeñan en sujetarlo todo al sentido común; y sobre todo, porque cada cual en su casa andará como le diere la gana, ¿Qué se diría de nuestras pollas si con el frívolo pretexto del lodo y de la lluvia, abandonarían el lindo tacón y la botita abronzada, por un calzado propio para la intemperie? Para eso que todas las pollas tienen papá que las provean de botitas liberalmente; y por fin, una vez probada la necesidad de ese lujo y ese tacón, no hay que promover innovaciones, puesto que Aquiles y las pollas tienen la vulnerabilidad en el mismo lugar.

*
* *

Caminando en busca de las prosperidades nuestras fijé mi atención en la susodicha calle de Plateros; y movido por una

curiosidad muy disculpable en el que, como yo, ha pasado diez años ausente de su patria, me atreví á preguntar á un amigo de antaño.

—Dígame V. querido Max, ¿qué espera toda esa gente tendida á lo largo de las aceñas? ¿Vá á pasar alguna procesión?

—A qué gente se refiere V?

—A esos caballeros á quienes veo esperando hace dos horas.

Mi amigo rió de buena gana y exclamó:

—Son las lagartijas! Y me explicó el cómo esas respetables personas, habían llegado á adquirir tan feo apodo, no por lo inadecuada, sinó porque conserva en nuestra culta capital ese resabio de poblachón que conoce todo el mundo. ¿Quién no ha concurrido un domingo á la misa de la parroquia de una aldea? en el atrio de la iglesia se reúnen las notabilidades del pueblo endomingadas y vestidas de limpio: allí están el juez de letras, los españoles de la tienda, los transeuntes notables y hasta el señor prefecto; y van allí porque como en el pue-

blo no hay teatro, ni casino, ni paseo público, se ven cada ocho días en la misa mayor y vaya V. con Dios.

—¿Con que no hay procesión?—le pregunté á Max.

—Sí por cierto; pero la procesión que pasa, no es de sangre, ni mucho menos: es una procesión nueva, importada en su mayor parte, que V. no conoció en su tiempo, y que constituye una de las *prosperidades nuestras*, como V. las llama.

—¡A ver! ¡a ver la procesión!

Y á una seña de Max, me fijé en un coche simón ocupado por dos beldades grotescas, vestidas de raso chillante.

—Son gachupinas—acotó Max;—y esas también, y las otras.

Yo ví desfilar aquellas beldades trasnochadas y macilentas, de dos en dos en los simones, y sólo por excepción un coche con personas, interrumpía aquel hipódromo, del que ha tomado posesión esa colonia de nuevo género.

La península ibérica nos ha dado desde

hace cuatro siglos buenas iglesias, buenos edificios, y tiendas de abarrotes; magníficos colonos que vienen á la Nueva España á vivir contentos entre nosotros, reconociendo los vínculos del habla y de la sangre; nos ha enviado con matemática regularidad sus aceitunas de Sevilla, su queso de la Barca, y sus caldos, como dicen ellos; pero ni por las mientes le pasó á la Península, en tantos años, enviar ese producto... no: no es producto precisamente; tampoco es mercancía, porque no paga derechos aduanales como las aceitunas. ¿Serán colonas? Imposible. Sería un absurdo clasificarlas como tales, porque no traen ni empresario como los de Barreto, ni son agricultoras como los de Huatusco, ni cultivan la seda como los italianos, sino que la gastan; y entre producir seda ó consumirla, hay su diferencia. De manera que, en medio de nuestra perplejidad, no encontramos como clasificar á *esas señoras*.

Sea lo que fuere, la principal arteria de la capital presenta los domingos un espectácu-

lo nuevo, y nada edificante. Algunos centenares de caballeros, apostados en las puertas cerradas de las tiendas y reclinados contra los muros, miran desfilan una procesión de coches que van y vienen, provistos de raso de todos colores.

En los periódicos de 1860 á 1870 se registran las sugerencias de la prensa á la policía para impedir el *rodeo*, ó sea el paseo nocturno de aquellas desgraciadas cuyo lujo era la muselina, y cuyo escudo era la sombra de la noche.

Pero los tiempos han cambiado, y no hay que contrariar el beneplácito de los caballeros á quienes llaman lagartijas, ni los caprichos ostentosos de esas señoras, so pena de perpetrar un ataque á la libertad individual.

En esto, como en otras muchas cosas estamos muy adelantados, y no seré yo, por cierto, quien se ponga á censurar, ni ésta, ni ninguna otra de las *prosperidades nuestras*.

